

FERNANDO SILVA VARGAS

JAIME EYZAGUIRRE Y LA REVISTA HISTORIA

Al concluir agosto de 1962, según asegura el colofón, pero más probablemente en los primeros días de septiembre de ese año, apareció una nueva revista, gruesa, de 349 páginas, publicada por la Universidad Católica de Chile. Se trataba del primer número de "Historia", correspondiente al año 1961, que se publicaba como órgano del Instituto de Historia de esa corporación.

El anuario fue otra muestra más de la actividad incansable de Jaime Eyzaguirre, quien, además de poseer condiciones excepcionales para investigar, ejercer la docencia, despertar vocaciones y estimular a otros a escribir, contaba con una habilidad escasísima en nuestro medio: la de "empresario intelectual". Acertadamente lo calificó así Mario Góngora. En el decenio anterior, y ante la inexistencia en la Universidad Católica de un centro donde se realizarán investigaciones históricas, Jaime Eyzaguirre discurrió crear el Instituto de Investigaciones Históricas, dependiente de la Facultad de Filosofía, Letras y Ciencias de la Educación de esa casa de estudios. El Instituto fue, en verdad, un pequeño grupo humano encabezado por Eyzaguirre y al que éste incorporó a los que, en las diversas facultades de la corporación, y aun fuera de la misma, trabajaban en el campo de la historia o habían sido sus alumnos. El Instituto, aunque contaba con un reglamento, no tenía existencia física. Su labor se centraba fundamentalmente en auspiciar la publicación de algunas obras, como ocurrió con *Descubrimiento de Chile y compañeros de Almagro*, de Armando de Ramón (1953); *La Misión Irarrázaval en Roma*, de Carlos Oviedo Cavada (1962); *Peumo, historia de una Parroquia*, de Walter Hanisch (1963) y *Don Francisco de Paula Taforó*, de Miguel Guzmán y Octavio Vío (1964). El Instituto de Investigaciones Históricas pasó a denominarse Instituto de Historia, y desarrolló su labor en las minúsculas dependencias del Departamento de Extensión Cultural que dirigía Eyzaguirre. Pero ahora su función sería mucho más permanente: habría de convertirse en el alero de "Historia". No lo fue el antiguo Departamento de Historia y Geografía, que hasta entonces cumplía la función específica de preparar profesores de Estado de Historia, Geografía y Educación Cívica, y que sólo en esos mismos años, y bajo la tuición de Ricar-

do Krebs, comenzó a tomar una orientación más académica, con la creación del Centro de Investigaciones Históricas.¹

Formaron parte de ese primer Instituto de Historia: Jaime Eyzaguirre, su director; Javier González, que actuaba como secretario; Julio González Avendaño; Walter Hanisch Espíndola, S.J.; Gabriel Guarda Geywitz, OSB; Ricardo Krebs Wilckens; Carlos Oviedo Cavada, O.M.; Armando de Ramón Folch y Gonzalo Vial Correa. Las primeras reuniones para sacar a la luz la nueva publicación se efectuaron en la casa de Seminario 40, hogar de Eyzaguirre y hogar espiritual de sus amigos y de sus alumnos. Ocupado en la preparación de mi examen de grado, no seguí de cerca el nacimiento de "Historia". Al año siguiente, sin embargo, fui invitado a asistir a una reunión para preparar el segundo número del anuario, que se efectuó en la oficina de Javier González, en el Departamento de Extensión Cultural de la Universidad Católica. Pero a ella no concurrió Eyzaguirre, quien se encontraba en Europa. El tema central de la reunión no fue tanto la revista —recibí entonces el encargo de preparar algunas reseñas— como la actitud que convendría adoptar ante un virulento ataque que había recibido Jaime Eyzaguirre de parte de Ricardo Donoso a raíz de la publicación, por el primero, de *Chile bajo el Gobierno de Errázuriz Echaurren*. Como la víctima estaba ausente se estimó más oportuno esperar su regreso antes de adoptar alguna resolución que podría ser apresurada y envenenar más la situación. Tiempo después, cuando comenté el incidente, don Jaime Eyzaguirre —y tras haber leído al artículo "Errores, omisiones y tergiversaciones de un libro de encargo" publicado por Donoso en *Atenea*— me sorprendió el humor con que tomó el incidente. Tal vez lo que más lo regocijó fue el título del artículo, muestra del corrosivo ingenio de su autor. Después comprendí que era un reflejo de la actitud propia del polemista que era Eyzaguirre, que disfrutaba intensamente cuando se encontraba con un contendor de categoría.

El anuario, cuya estructura se mantiene hasta hoy, al igual que su diagramación —sólo ha variado la tipografía—, fue concebido con dos propósitos esenciales. El primero, compartido con otras publicaciones de prestigio como la *Revista Chilena de Historia y Geografía* y el *Boletín de la Academia Chilena de la Historia*, fue el de dar a conocer las investigaciones de los cultores de los estudios históricos, y, más concretamente, de los miembros del Instituto y de las personas vinculadas a la Universidad Católica. El segundo, en el cual Eyzaguirre siempre insistió con especial énfasis, era el de servir de órgano crítico de todas las publicaciones atinentes a la historia chilena aparecidas en

¹ Roberto Hernández Ponce, "Los estudios históricos en la Universidad Católica de Chile. Notas para una Crónica". En "Historia", 18, Santiago 1983, 18 y 19 y nota 52.

el país o en el extranjero. Con este fin se inició, ya desde el primer número de "Historia", la sección denominada "Fichero Bibliográfico". Como se explica en el preámbulo a ella se pretendió llevar un recuento de los estudios publicados en Chile sobre temas relacionados con las ciencias históricas; de las publicaciones hechas en el extranjero sobre puntos concernientes a la historia de Chile, y de las obras dadas a luz por chilenos en el extranjero sobre materias históricas. Se acordó organizar el material censado de acuerdo a un esquema que consultaba tres ámbitos básicos: teoría y filosofía de la historia; historia de Chile, e historia de España y de las naciones hispanoamericanas. Cada ficha contiene una descripción pormenorizada de la publicación y una sintética apreciación crítica de ella y de su eventual aporte a la disciplina. Cuando la importancia de la obra lo justifica, la ficha remite a una reseña bibliográfica extensa, en la sección respectiva.

Jaime Eyzaguirre le asignó especial importancia a esta parte del anuario. Sobre las reseñas lamentaba que habitualmente fueran encargadas a principiantes, cuando por la madurez que requiere una acertada crítica debiera ser labor propia de académicos de trayectoria. Con todo, el propio Eyzaguirre se preocupaba de buscar aquellos que, además de su entusiasmo por la historia, exhibían algunas condiciones de estilo. Muchos aprendices y profesores jóvenes de entonces, como Mateo Martinic, Patricio Estellé, Horacio Aránguiz, Juan Eduardo Vargas, Bernardino Bravo, Julio Retamal Faverau, Osvaldo Silva, Cristián Guerrero y quien esto escribe colaboraron en la preparación de reseñas bibliográficas.

Pero lo que para Eyzaguirre habría de constituir el elemento innovador y más característico de "Historia" era el Fichero. La labor ímproba de llevar un registro lo más completo posible sobre los trabajos relativos a Chile, describirlos y emitir una orientación crítica sobre ellos fue cumplida durante largos años, con rigor y objetividad sorprendentes, por el secretario del Instituto de Historia, Javier González. Las 197 fichas comprendidas en el primer número del anuario llegaron a mil 104 en el número 6, correspondiente a 1967, que fue el último dirigido por Eyzaguirre. El número 26, de 1991-1992, lleva esa suma a seis mil 411 fichas.

Ignoramos si el "Fichero Bibliográfico" fue una idea original de Jaime Eyzaguirre, aunque sospechamos que pudo haber encontrado el modelo en el "Índice Histórico Español", que hacia la época de aparición del anuario llevaba varios años de vida y había adquirido prestigio entre los cultores de las disciplinas históricas de España y América. Cabe agregar que, como lo afirmaba Eyzaguirre y lo han comprobado después todos los historiadores, el "Fichero Bibliográfico" es una herramienta de trabajo de tanta importancia que se echa de menos una publicación que lo recoja y permita su más expedita consulta.

En el número 3, de 1964, la revista hace explícita la dependencia que tenía el Instituto de Historia de la Facultad de Filosofía y Ciencias de la Educación de la Universidad de la Educación de la Universidad Católica, y el autor de estas líneas recuerda la sorpresa con que descubrió su pertenencia a aquél; el número 4 agrega como miembros a Julio Retamal Faverau y a Andrés Huneeus. Ya el número 6 elimina la lista de integrantes y sólo aparecen el director y el secretario del Instituto de Historia, Jaime Eyzaguirre y Javier González.

Hasta ese número el anuario estuvo bajo la directa supervisión de Eyzaguirre. Esto significaba, además de la siempre difícil búsqueda del financiamiento, insinuar temas, encontrar autores, considerar la conveniencia de dar forma de artículo a un texto más amplio, como ocurrió con ciertas tesis de licenciado en Derecho que él o Javier González habían dirigido, y distribuir los libros que debían ser reseñados. En otra parte me he referido a la auténtica pasión con que Eyzaguirre intervenía en la corrección y, en algunos casos, en la implacable poda de los originales; en la corrección de pruebas, en la que exhibía una rara habilidad, y en la labor de convencimiento que efectuaba ante el gerente de la imprenta para apresurar la aparición de la revista. Inolvidable es la imagen que conservo de Jaime Eyzaguirre recibiendo el primer ejemplar, con sus tapas recién pegadas, de una nueva tirada de "Historia": se calaba los anteojos; daba una mirada rápida a la portada; hacía algún comentario sobre el color de las letras; abría una página cualquiera y, sonriente, ponía su infalible índice sobre el error tipográfico que, a pesar de todas las correcciones, lograba deslizarse. Se consolaba afirmando que cada corrección significaba rehacer al menos una línea de la composición, lo que abría insospechadas posibilidades de nuevos errores, ahora de cargo del linógrafo.

Con Jaime Eyzaguirre nació "Historia" y logró su plena consolidación, al punto de que hasta hoy no ha parecido conveniente introducirle innovaciones. Como consecuencia de las transformaciones experimentadas en la Universidad Católica desde fines del decenio de 1960, el Instituto de Historia es una entidad académica con existencia real, muy diferente de la entidad difusa que permitió acoger al anuario en sus primeros años de vida. Mucho le debe la Universidad Católica a Jaime Eyzaguirre, pero mucho más los que en ella trabajaron y siguen trabajando en las disciplinas históricas. Porque el anuario no es sólo la eficaz herramienta que imaginó su fundador, sino el prestigioso y respetable vehículo de difusión de las investigaciones de aquéllos.